

Lo que nos revela la crisis financiera de 2008. Acerca del capitalismo actual

Antón Costas Comesaña

Universitat de Barcelona

Resumen: Para muchas personas, la crisis actual tiene connotaciones apocalípticas. Pero en su acepción griega, la palabra apocalipsis significa «revelación, descubrimiento de algo oculto». En este ensayo se rastrean algunos rasgos esenciales del capitalismo financiero actual que, ocultos bajo la década prodigiosa del crédito, han quedado al descubierto por la crisis financiera de 2008. Los desequilibrios globales, la financiarización y la desigualdad, junto con una cultura moral débil, son los cuatro rasgos de fondo que surgen como determinantes de la dinámica que ha conducido a la crisis. Una salida a esta encrucijada exige buscar acuerdos sobre esos rasgos. De lo contrario, estamos abocados a dinámicas de elevada volatilidad y crisis recurrentes.

Palabras clave: crisis financiera, desequilibrios globales, financiarización, desigualdad, capitalismo.

Abstract: For many people, the current crisis has apocalyptic connotations. But the term «apocalypse» derives from the Greek, meaning «revelation» or «disclosure» of something hidden. In this paper we identify some features of the current financial capitalism that were hidden during the credit prodigious decade but that have been revealed by the 2008 financial crisis. The global imbalances, the financialization and the inequality, along with a weak moral culture, are the four background traits that we identified as the determinants of the dynamics that led to the crisis. A solution to the current crossroads requires to reach agreement on those traits. Otherwise, we are doomed to a high volatility dynamics as well as recurrent crises.

Keywords: financial crisis, global imbalances, financialization, inequality, capitalism.

Para un buen número de personas la crisis financiera y económica que estamos padeciendo tiene algo de apocalíptico. Esta percepción social está vinculada a los efectos que esta crisis tiene en términos de recesión, cierre de empresas, desempleo masivo, caída de ingresos, pérdida de confianza en el futuro y expectativas de vida menguantes.

Pero, en su acepción griega, la palabra apocalipsis significa también «revelación, descubrimiento de algo desconocido». Desde esta perspectiva, podemos analizar la crisis como una encrucijada, un momento crucial en un proceso que viene de lejos y apunta al futuro¹. Es sinónimo, por tanto, de «disyuntiva y decisión»: «Estamos ante una crisis que conducirá a la esclavitud o a la libertad», dijo Diderot en los prolegómenos de la revolución francesa, subrayando esa dimensión de encrucijada que tienen las crisis, de momentos «precisos en el devenir de las cosas» (Leibniz).

Estimulado por este papel de las crisis como encrucijadas en la evolución del sistema económico, en este ensayo intento analizar en qué medida la crisis financiera de 2008 nos permite identificar tendencias de fondo del capitalismo actual que estaban ocultas durante la fase de expansión y cuya dinámica marcará la salida de la crisis.

El interés por identificar estas tendencias de fondo de la economía no implica, sin embargo, desinterés por los problemas del corto plazo que genera la crisis. Es cierto que, en un principio, más que proponer soluciones para lograr que las economías volvieran a funcionar, el interés de los economistas se focalizó en dos tipos de cuestiones. Por un lado, en el análisis de las causas de la crisis financiera. Por otro, en las medidas necesarias para evitar que vuelvan a ocurrir en el futuro. Pero con la recaída en la recesión, a partir de mediados de 2010 el interés de los economistas ha girado hacia los problemas acuciantes y hoy, tanto en Estados Unidos como en la Unión Europea, existe un vivo debate sobre las políticas más adecuadas para hacer frente a los efectos de la crisis y para enfocar la recuperación. Sin embargo, este debate no será abordado en este ensayo.

¹ Josep RAMONEDA: «Crisis nihilista», en Antón COSTAS (coord.): *La crisis financiera de 2008: De la economía a la política y más allá*, Mediterráneo Económico 18, Almería, Fundación Cajamar, 2010, pp. 219-232. Disponible en <https://www.mediterraneoeconomico.com>.

Lo que hay que explicar

La gran recesión que están experimentando las economías de los países desarrollados tiene su causa inmediata en la crisis financiera que se puso en marcha en el otoño de 2008 con la quiebra de la banca de inversión Lehman Brothers, una de las más longevas y prestigiosas del mundo. Esta crisis financiera tuvo, a su vez, su origen en la explosión de la burbuja de activos inmobiliarios que se había producido en la década anterior. El crecimiento de los precios inmobiliarios durante la década de 1997-2007 fue del 175 por 100 en Estados Unidos, del 180 por 100 en España, del 210 por 100 en el Reino Unido y del 240 por 100 en Irlanda. De ahí que se hable de una «burbuja inmobiliaria del Atlántico Norte». Además de esta burbuja, un factor común a estos países era el tener fuertes desequilibrios comerciales. En este terreno, España se comportó como un anglosajón honorario.

Aunque la desaceleración de los activos inmobiliarios había comenzado ya en 2007, la quiebra de Lehman Brothers fue el «momento minskyano», la señal para el inicio del pánico que en todas las fases de la historia en que ha habido una burbuja es el arranque de la crisis que sigue a la euforia. Los flujos de crédito que la habían alimentado se secaron. La economía privada sufrió de inmediato el impacto. El consumo privado se desplomó, la producción se frenó, las inversiones empresariales frenaron su ritmo y cayeron, el paro aumentó, los ingresos de las familias disminuyeron, el consumo intensificó su caída... y, de nuevo, vuelve a empezar el ciclo contractivo con su dinámica de efectos dominó.

Se puso entonces en marcha, a partir de 2009, una segunda ronda de efectos de la crisis financiera de 2008 sobre la dinámica de las cuentas públicas. Los ingresos fiscales se desplomaron, intensa y rápidamente, como consecuencia de la caída de las fuentes tributarias del sector público: salarios, sueldos, beneficios, rentas, plusvalías, ventas. A la vez, pero en sentido inverso, los gastos públicos aumentaron como resultado de los estabilizadores automáticos relacionados con el seguro de desempleo y de los estímulos fiscales que se utilizaron a principios de 2009 para contener el desplome de la economía y su evolución hacia un escenario econó-

mico, social y político similar al que tuvo en los años treinta. El recuerdo de la historia evitó una nueva Gran Depresión².

El resultado combinado de esa caída de ingresos y aumento de gastos fue la aparición del déficit y el crecimiento de la deuda pública, en una proporción en la que alrededor de dos tercios del déficit fueron debidos al desplome de ingresos que provocó la crisis.

La crisis fiscal del Estado no fue, por tanto, la causa de la crisis económica, sino su consecuencia directa. Esto es algo que hay que recordar continuamente a la vista de algunas narraciones muy influyentes de la crisis que focalizan su causa en el comportamiento del sector público. De hecho, países como Irlanda y España, fuertemente impactados por la crisis financiera de 2008, tenían superávits presupuestarios en los años previos a 2008. La causa de la crisis financiera fue una enorme burbuja de crédito que se produjo durante la década previa a 2008, y que, a modo de una enorme nube de ahorro, descargó especialmente sobre la actividad hipotecaria, provocando, a su vez, una burbuja inmobiliaria.

Lo que hay que explicar entonces es qué es lo que hizo posible esa burbuja crediticia inmobiliaria. La investigación de sus causas inmediatas nos revelará algunas tendencias de fondo del capitalismo actual. Tendencias que estaban ocultas durante la fase expansiva, y que la crisis, al modo como ocurre cuando baja la marea, ha dejado al descubierto.

Relatos sobre la burbuja crediticia inmobiliaria

No existe una explicación única, aceptada a modo de consenso entre todos los estudiosos, de las causas de la burbuja crediticia inmobiliaria de la década de 1997-2007. Existen, eso sí, algunas teorías o narraciones que identifican diferentes factores causantes. Mencionaré las tres narraciones que creo más influyentes y que son más relevantes a los efectos del objetivo de este ensayo.

² Xosé Carlos ARIAS y Antón COSTAS: *La torre de la arrogancia. Políticas y mercados después de la tormenta*, Barcelona, Ariel, 2011 (2.ª ed. ampliada 2012).

La burbuja de ahorro y los desequilibrios globales

Esta narración pone su punto de mira en la burbuja de ahorro que se fue generando en la economía mundial a partir de la década de los noventa. Esa burbuja de ahorro era la otra cara de los desequilibrios comerciales globales que surgieron en esa década como consecuencia de las políticas neomercantilistas de impulso a la exportación por parte de China y países del este de Asia y también, en el caso de Europa, de Alemania. Los ingresos de la exportación no fueron utilizados para expandir la demanda interna y mejorar la vida de los ciudadanos de esos países, sino que fueron acumulados en forma de ahorro e invertido en la compra de bonos emitidos por corporaciones privadas y públicas de los países deficitarios, en particular por las instituciones financieras de estos países. En particular, en Estados Unidos, Irlanda, Reino Unido y España, países que, como hemos visto, experimentaron las mayores subidas de precios inmobiliarios.

Las instituciones financieras de los países receptores canalizaron el ahorro externo especialmente hacia la financiación de la promoción inmobiliaria y el crédito hipotecario a las familias. Este flujo de ahorro externo, cuantioso y sostenido en el tiempo, permitió a los países receptores mantener tipos de interés a largo plazo muy bajos, que son los relevantes para las decisiones de inversión de las familias y de las empresas. Esos tipos a largo se mantuvieron bajos aun después de que los bancos centrales de los países receptores y con déficit comercial comenzasen a elevar sus tipos de interés a corto intentando frenar la burbuja de activos. El resultado final fue que los bancos se endeudaron emitiendo bonos para captar ese ahorro externo, y que las familias y las empresas acumularon un enorme endeudamiento con esos bancos. Es decir, el sector privado de los países deficitarios acumuló niveles de endeudamiento nunca vistos con anterioridad.

Esta narración sobre las causas de la burbuja de crédito de los países con elevados déficits comerciales fue utilizada por primera vez por Ben Bernanke en una conferencia pronunciada a inicios de 2005, cuando aún no era presidente de la Reserva Federal de los Estados Unidos. En esa ocasión, Bernanke utilizó la expresión *global savings glut* como el nexo que vinculaba sobreendeudamiento

en los países deficitarios con el ahorro generado en los países excedentarios³. Posteriormente, otros economistas, como es el caso de Paul Krugman, han manejado este tipo de narración⁴.

Es interesante señalar que a juicio de Bernanke, y también de Krugman, la aparición de los elevados déficits comerciales en Estados Unidos o España no era el resultado de un cambio de conducta económica en esos países, es decir, de pérdidas de productividad, sino de un cambio del comportamiento económico de los países con superávits. Estos países pusieron en marcha en los años noventa políticas neomercantilistas de fomento de la exportación que a la postre provocaron desequilibrios globales. Por un lado, la apertura de China a la economía internacional vino de la mano de un modelo de crecimiento volcado en las exportaciones, incentivadas mediante una política de manejo del tipo de cambio y el debilitamiento de la demanda interna. Por otro, los países del este de Asia, después de sufrir las consecuencias de la crisis financiera de 1997-1998, comenzaron a practicar una política de exportación y acumulación de divisas para evitar situaciones similares. Por su parte, en Europa, Alemania comenzó, en esas mismas fechas, a estimular su ya fuerte vocación exportadora mediante políticas de devaluación de salarios y debilitación de la demanda interna para financiar los costes de la reunificación y del envejecimiento de su población.

Como vemos, la narración de las causas de la crisis financiera de 2008 basada en el argumento del *global savings glut* nos conduce a identificar un rasgo de fondo del sistema económico actual, que son los desequilibrios comerciales globales. Mientras no se corrijan esos desequilibrios de fondo es muy probable que la economía mundial, y la economía europea en particular, estén sometidas a episodios de fuerte volatilidad macroeconómica y de crisis recurrentes.

³ Ben BERNANKE: «The Global Savings Glut and the US Current Account Deficit», 10 de marzo de 2005, <https://www.federalreserve.gov>.

⁴ Paul KRUGMAN y Robin WELLS: «The Slump Goes On: Why?», *The New York Review of Books*, 30 de septiembre de 2010, e ID., «The Way out of the Slump», *The New York Review of Books*, 14 de octubre de 2010.

Innovación financiera fuera de control y financiarización de la economía

Una segunda narración de las causas de la burbuja crediticia inmobiliaria pone el punto de mira en la intensa innovación, fuera de control, que tuvo lugar a partir de los años noventa. La causa inmediata de esa innovación habría estado, según esta narración, en las políticas de desregulación financiera llevadas a cabo en esos años por todos los gobiernos. La filosofía económica que inspiró esas políticas desregulatorias fue lo que se dio en llamar el «consenso de Washington», que proponía la liberalización de la economía, la desregulación de los mercados y la privatización de importantes áreas del sector público.

La desregulación financiera derrumbó los muros que desde los años treinta separaban la banca comercial de la banca de inversión. Al caer esos muros se fue creando una «banca en la sombra» que generaba productos financieros de alto riesgo y de difícil comprensión por parte de los compradores (y también de los vendedores) que, al ser esparcidos hacia la banca comercial y los fondos de pensiones, difundió el riesgo por toda la economía mundial.

Esta innovación financiera fuera de control se vio favorecida por tres factores coincidentes en el tiempo. Por un lado, por las nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones. Por otro, por un clima intelectual dentro de la teoría macroeconómica y la economía financiera que defendió con éxito la idea de la eficiencia de los mercados desregulados y la teoría de las expectativas racionales de los agentes económicos. Por último, la «gran moderación» que la economía experimentó en los años noventa, después de dos décadas de fuerte inflación y elevada volatilidad, llevó a los economistas, reguladores, autoridades monetarias y responsables de la política económica al convencimiento de que ya se sabía cómo regular una economía de mercado para evitar los ciclos económicos. Se conformó así un clima muy favorable a la confianza en los mercados. Y también una alianza de intereses entre todos los actores de los mercados financieros, especialmente las agencias de calificación de riesgo crediticio⁵.

⁵ Una explicación más detallada de cómo este clima favoreció la confianza y la

Sin duda, la innovación financiera promovida por la desregulación ayudó a crear y difundir la burbuja crediticia inmobiliaria. Pero, como Paul Krugman y Robin Wells sostienen, a mi juicio con acierto, la burbuja crediticia también se produjo en países como España que, sin embargo, no necesitaron utilizar mecanismos sofisticados de innovación para financiar su expansión crediticia⁶. Esta objeción nos permite identificar un nuevo rasgo de fondo del capitalismo actual que va más allá de la innovación financiera. Se trata de la financiarización de la economía, entendida como el aumento, cuantitativo y cualitativo, de la importancia de las actividades del sector financiero en el conjunto de la economía. Esta financiarización está protagonizada por un nuevo actor: los mercados globales de crédito, que han venido a sustituir al papel que anteriormente desarrollaba el sistema bancario tradicional como principal proveedor de crédito a las familias y empresas. La naturaleza y la lógica de funcionamiento de estos nuevos mercados crediticios, manejados por gestores profesionales de carteras de todo tipo de activos, sin la visibilidad y localización de los viejos actores bancarios, son aún demasiado nuevas para que las conozcamos con exactitud. Pero su impacto en la dinámica del nuevo capitalismo es innegable.

El crecimiento de la financiarización, medido en términos de porcentaje de recursos utilizados y de beneficios acumulados en relación con los del resto de actividades del sistema económico, es realmente espectacular en las dos últimas décadas. Su impacto en la productividad del sistema económico es cuestionado por un número creciente de estudiosos. A la vista de estos efectos, no es sorprendente la opinión cada vez más extendida de que el sistema financiero está sobredimensionado. Se ha convertido en una «grande, pesada y creciente sanguijuela» que sangra al resto de la economía⁷.

Probablemente esta financiarización, liderada por los nuevos mercados globales de crédito, no hubiese podido desarrollarse sin

expansión crediticia puede verse en Xosé Carlos ARIAS y Antón COSTAS: *La torre de la arrogancia...*, pp. 51-131.

⁶ Paul KRUGMAN y Robin WELLS: «The Slump Goes On...».

⁷ Jeremy GRANTHAM: «What a decade», *GMO Quarterly Letter*, enero (2010). Una excelente y actualizada revisión de la dinámica de esta financiarización y de su impacto en la productividad de la economía puede verse en Antonio TORRERO: *Sistema financiero y productividad económica*, Instituto Universitario de Análisis Económico y Social, Universidad de Alcalá, Documentos de Trabajo, junio de 2012.

la conexión con la burbuja de ahorro y los desequilibrios globales a los que me he referido más arriba. Este nexo nos lleva a la tercera narrativa.

El fomento del crédito hipotecario por parte de los gobiernos y la creciente desigualdad

Existe una tercera narrativa que vincula la burbuja crediticia inmobiliaria con la desigual distribución de la renta que caracteriza al actual capitalismo desde los años ochenta del siglo pasado. Esa desigualdad tiene su causa en la caída de los salarios reales y la pérdida de peso en el reparto de la renta nacional que se viene produciendo en todas las economías desarrolladas desde finales de los años setenta. A esta pérdida de capacidad adquisitiva de los ingresos salariales de las clases trabajadoras y medias se añadió el efecto del aumento del precio de la vivienda. El resultado fue la creciente dificultad de las clases medias y trabajadoras para acceder a la compra de vivienda y otros bienes de consumo duradero.

Conscientes tanto de la desigualdad como de esta dificultad, pero remisos o incapaces de hacer frente mediante los instrumentos convencionales de la política fiscal y de rentas, los gobiernos de los países desarrollados habrían, de acuerdo con esta narrativa, fomentado la laxitud de las reglas de endeudamiento hipotecario e incentivado la demanda de vivienda mediante fuertes desgravaciones fiscales. Por su parte, los reguladores y supervisores del sistema financiero habrían sido condescendientes y tolerantes con las prácticas de riesgo crediticio de las entidades bancarias a fin de facilitar crédito hipotecario a las familias. El crédito barato y abundante y las facilidades fiscales se habrían convertido así en una especie de segundo salario no monetario para que las clases medias y trabajadoras pudiesen acceder a la compra de vivienda. El resultado fue el protagonismo que adquirieron las familias en la financiarización de la economía y el enorme endeudamiento que cargaron sobre sus espaldas⁸.

Al actuar de esta forma, los gobiernos habrían incurrido en conductas de riesgo moral (*moral hazard*), al inducir a los directivos de

⁸ Antonio TORRERO: «Sistema financiero...», pp. 18 y ss.

las instituciones financieras a practicar conductas de riesgo crediticio incompatibles con las buenas prácticas pero a sabiendas de que los gobiernos vendrían a su rescate en el caso de que sus instituciones acabasen teniendo problemas como consecuencia de esas conductas de alto riesgo.

Ésta es una narración muy querida por los conservadores, en la medida en que permite culpabilizar de la crisis a los gobiernos y sostener sus propuestas a favor de los mercados. Sin embargo, economistas académicos de prestigio como Raghuram Rajan le han prestado su apoyo⁹. Aunque cuestionada por Paul Krugman¹⁰, esta narración de las causas de la crisis financiera de 2008 permite revelar un tercer rasgo del capitalismo actual que en la etapa de auge estaba oculto por la burbuja crediticia: la creciente desigualdad en la distribución de la renta.

Un aspecto intrigante de la desigualdad que caracteriza el capitalismo actual es su relación con la inestabilidad y la volatilidad macroeconómica. Una investigación reciente de James K. Galbraith aporta evidencias relevantes acerca de cómo la desigualdad constituye una de las mejores explicaciones a la inestabilidad de la economía¹¹.

Cultura del nuevo capitalismo financiero y quiebra moral de la economía de mercado

El análisis de la crisis financiera de 2008 nos permite descubrir al menos tres rasgos del capitalismo actual que estaban ocultos bajo las luces deslumbrantes de la década de expansión del crédito: los desequilibrios globales, la financiarización y la desigualdad en la distribución de la renta. Esos tres rasgos tienen vínculos entre ellos y en conjunto nos permiten comprender mejor la inestabilidad del capitalismo financiero actual.

Sin embargo, las narraciones de los economistas no parecen suficientes para comprender en su compleja totalidad el desastre que

⁹ Raghuram G. RAJAN: *Fault Lines: How Hidden Fractures Still Threaten the World Economy*, Princeton, Princeton University Press, 2010.

¹⁰ Paul KRUGMAN y Robin WELLS: «The Slump Goes On...».

¹¹ James K. GALBRAITH: *Inequality and Instability. A Study of the World Economy Just Before the Great Crisis*, Nueva York, Oxford University Press, 2012.

estamos viviendo. Esta crisis no trae sólo desastres económicos. Hay algo más intrigante: una quiebra moral de la economía de mercado. Si no se toma en consideración este rasgo es imposible comprender algunos otros destrozos que también deja al descubierto la crisis económica: el desprestigio de la política y la aparición de serios problemas de gobernabilidad de nuestras sociedades.

Para comprender las raíces profundas de estos destrozos políticos y de la quiebra moral de la economía de mercado, es necesario cruzar las fronteras del análisis económico y adentrarse en otras disciplinas que captan mejor los fundamentos éticos de la economía, basadas en nociones como la confianza, la equidad, la justicia o la buena fe en las relaciones económicas. Sin el restablecimiento del «principio moral de la simpatía» del que nos habló Adam Smith, como clave de bóveda para conciliar el interés particular de los actores que se mueven en los mercados con el interés general o bien común de la sociedad, es difícil que el capitalismo actual pueda salir bien parado de esta encrucijada.

Esa convicción llevó al autor de este artículo a coordinar un ensayo colectivo que, cruzando las fronteras de la economía, como recomendaba Albert O. Hirschman, se adentrase en otras ciencias sociales. Se trataba de sumar a las narraciones de los economistas las voces de historiadores, filósofos, sociólogos y ensayistas. Aunque sus miradas son diferentes, la polifonía de voces no desentona. Al contrario, ofrece una visión más comprensiva que permite revelar una cultura del nuevo capitalismo financiero con débiles fundamentos morales¹².

Si es cierta esta tesis de la quiebra moral de la economía de mercado, la pretensión bienintencionada de que corregir los «fallos» del mercado y de la regulación financiera será suficiente para acabar con las conductas amorales y meter al genio de la inestabilidad financiera de nuevo dentro de la botella es un *wishful thinking*, una ilusión interesada. Se necesitan políticas más activas para corregir los desequilibrios globales, el sesgo a la financiarización y la desigualdad que caracterizan al capitalismo actual. Recordando la Gran Depresión de los años treinta, hoy se necesita otro *New Deal*.

¹² Antón COSTAS (coord.): *La crisis financiera...*

¿Traerá esta crisis otro *New Deal*?

El capitalismo de finales del siglo XIX y las dos primeras décadas del XX desarrolló tendencias a los desequilibrios globales, la financiarización de la economía y la desigualdad social similares a los que acabamos de ver que nos revela la crisis en el capitalismo actual. La gran recesión que siguió a la crisis financiera de 1929 y la Segunda Guerra Mundial quebraron esas tendencias y trajeron un viraje de política económica. Un viraje que reconcilió la economía de mercado con la democracia de masas. Karl Polanyi, en un libro que merece ser releído, llamó a ese viraje «la Gran Transformación»¹³. El resultado de ese maridaje entre economía de mercado y democracia fue lo que Gideon Rose ha llamado la «modernidad»¹⁴. Esa «modernidad» dio lugar al que probablemente ha sido hasta ahora el periodo más brillante del capitalismo, el periodo comprendido entre mediados de los años cuarenta y setenta del siglo pasado.

¿Podemos pensar que la crisis financiera de 2008 y la gran recesión que estamos viviendo, especialmente en la Unión Europea, traerá un viraje de política económica similar al de mediados del siglo pasado? Sin duda existe margen para la experimentación y viraje de políticas. La dinámica de destrucción creativa de tipo schumpeteriano que se asocia a las crisis juega a favor de ese cambio. El modelo de autorregulación de los mercados asociado a las políticas desregulatorias de las dos últimas décadas es difícilmente sostenible en estas circunstancias. Cabe pensar, por tanto, en la posibilidad de otro *New Deal*.

Pero en la actualidad también existen elementos que juegan abiertamente contra la posibilidad de que esta crisis traiga una nueva «gran transformación». Ahora no están presentes algunos elementos que sí estaban tras la Gran Depresión y, especialmente, tras la Segunda Guerra Mundial. En *La torre de la arrogancia* hemos identificado cuatro elementos de la actual situación que dificultan esa posibilidad y limitan la amplitud de un viraje¹⁵. En

¹³ Karl POLANYI: *The Great Transformation*, Nueva York, Rinehart, 1944 (edición española *La gran transformación*, México, FCE, 1992).

¹⁴ Gideon ROSE: «Making Modernity Work», *Foreign Affaire*, enero-febrero (2012).

¹⁵ Xosé Carlos ARIAS y Antón COSTAS: *La torre de la arrogancia...*, pp. 282-297.

primer lugar, está la pervivencia de inercias asociadas a las viejas ideas económicas, miedos a los cambios políticos e intereses ligados, especialmente, a las finanzas internacionales. En segundo lugar, existen fuertes resistencias relacionadas con la percepción social del espacio público y también sobre el grado de confianza en la democracia para llevar a cabo ese viraje. En tercer lugar, hasta ahora la crisis no ha traído un cambio en la caracterización neoliberal dominante del Estado y de su papel. Y, por último, en esta ocasión, al contrario de lo que ocurrió en la posguerra, hemos visto muy pocas novedades en materia de distribución de la renta. Al contrario, las políticas de austeridad, basadas en la reducción del gasto social y en la devaluación interna de salarios están agudizando la tendencia a la desigualdad.

Pero frente al determinismo de la realidad, el economista y politólogo Albert O. Hirschman, fallecido en fechas recientes, siempre defendió el «posibilismo»¹⁶. Ése es un camino que habrá que explorar en esta ocasión para entrever las vías del retorno de la política frente a los mercados sin control. De la misma forma que Max Weber entrevió la vuelta del Estado como elemento indispensable para corregir los desequilibrios asociados al capitalismo liberal del siglo XIX y servir de pegamento entre el capitalismo y la democracia, ahora el historiador Tony Judt ha señalado que con las tensiones derivadas de la globalización financiera y las crisis que le acompañan, el Estado tendrá que actuar cada vez más para resolver conflictos, al ser la única instancia que se encuentra entre los individuos y los actores no estatales, como los bancos y las corporaciones internacionales. Para Judt es probable que el Estado territorial acreciente su importancia política¹⁷. El economista de Harvard Dani Rodrik sostiene una idea similar al señalar que el «trilema político» que plantea la hiperglobalización financiera actual, con su tensión entre los actores supranacionales, el Estado nacional y la democracia, solo puede tener una vía de salida estable frenando la hiperglobalización, introduciendo controles a la fi-

¹⁶ Albert O. HIRSCHMAN: *Journeys Toward Progress: Studies in Economic Policy-Making in Latin America*, Nueva York, Twentieth Century Fund, 1963 (edición española *En ruta hacia el progreso. Ensayos sobre política económica en América Latina*, Madrid, Aguilar, 1964), e *id.*, *A Bias for Hope. Essays on Development and Latin America*, New Haven, Yale University Press, 1971.

¹⁷ Tony JUDT: *III Fares the Land*, Nueva York, Penguin, 2010 (edición española *Algo va mal*, Madrid, Taurus, 2010).

nanciarización y dejando espacio a las políticas de cohesión de los Estados y a la democracia con el fin de reducir la desigualdad¹⁸. Quizá los rasgos de fondo del capitalismo actual que la crisis nos revela, y que hemos analizado en este ensayo, acaben por generar fuerzas sociales y dinámicas políticas que favorezcan un retorno de la política frente a la hegemonía de los mercados financieros globalizados.

¹⁸ Dani RODRIK: *The Globalization Paradox: Democracy and the Future of the World Economy*, Nueva York, Norton, 2011 (edición española *La paradoja de la globalización*, Madrid, Taurus, 2011).